

Preguntó Roque a los peregrinos lo mismo que a los capitanes; fué respondido que iban a embarcarse para pasar a Roma, y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber también quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de a caballo dijo:

—Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo—dijo Roque Guinart—, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales; mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese a cómo le cabe a cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo:

—¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los lladres que su perdición procuran!

Mostraron afligirse los capitanes, entristeciéndose la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Títulos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer a tiro de arcabuz; y volviéndose a los capitanes, dijo:—Vuestas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intención de agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y liberalidad; que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le hacía, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta a un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos a dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y volviéndose a los suyos, les dijo:

—Destos escudos, dos tocan a cada uno y sobran veinte; los diez se

den a estos peregrinos, y los otros diez a este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura.

Y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayores de sus escuadras; y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana:—Este nuestro capitán, más es para frade que para bandolero; si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.

No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oírlo Roque, el cual, echando mano a la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

—Destá manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos.

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían. Apartóse Roque a una parte, y escribió una carta a un su amigo a Barcelona, dándole aviso cómo tenía consigo al famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían; y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de la Degollación de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y a su escudero Sancho sobre un asno; y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, a causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podían dejar de dar gusto general a todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dió a quien iba.

#### CAPÍTULO LXI

*De lo que le sucedió a Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.*

Tres días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida.

Aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían sin saber de quién y otras esperaban sin saber a quién. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque casi todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona había echado sobre su vida, le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, o le habían de matar o entregar a la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos, a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de la Degollación de San Juan, en la noche; y abrazando Roque a Don Quijote y a Sancho, a quién dió los diez escudos prometidos (que hasta entonces no se los había dado), los dejó, con mil ofrecimientos que de la una a la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el día, así a caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó a descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegraron también el oído el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, «trapa, trapa, aparta, aparta» de corredores, que, al parecer, de la ciudad salían. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el cerco de una rodela, por el más bajo horizonte poco a poco se iba levantando.

Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espacioso y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron a moverse y a hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad, sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa, con espantoso estruendo, rompía los vientos, a quien respondían los cañones de cruja de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece

que reían, infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían.

En esto llegaron corriendo, con grita, lilíflés y algazara, los de las libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz a Don Quijote:

—¡Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores!

No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron a que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron a hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual, volviéndose a Sancho, dijo:

—Estos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés, recién impresa.

Volvió otra vez el caballero que habló a Don Quijote, y díjole:

—Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros; que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart.

A lo que Don Quijote respondió:

—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija o parienta muy cercana de la del gran Roque; llevadme do quisiéredes; que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el caballero; y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él a la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo... dos dellos, traviosos y atrevidos, se entraron por toda la gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió a quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio. Quisieran los que guiaban a Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los

segúan. Volvieron a subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron a la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.

## CAPÍTULO LXII

*Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.*

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse a lo honesto y afable: el cual, viendo en su casa a Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase a plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar a Don Quijote, y sacarle a vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) a un balcón que salía a una calle de las más principales de la ciudad, a vista de las gentes y de los muchachos, que como a mona le miraban.

Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando a Don Quijote como a caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían.

Estando a la mesa, dijo don Antonio a Sancho:

—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardáis en el seno para el otro día.

—No, señor, no es así—respondió Sancho—; porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas o de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo

soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto, si no mirara a las barbas honradas que están a la mesa.

—Por cierto—dijo Don Quijote—, que la parsimonia y limpieza conque Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come apriesa y masca a dos carillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador aprendió a comer a lo melindroso, tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.

—¡Cómo!—dijo Don Antonio—¿Gobernador ha sido Sancho?

—Sí—respondió Sancho—, y de una insula llamada la Barataria. Diez y siete días la goberné a pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.

Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto a los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano a Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce.

Paseóse don Antonio con Don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo:

—Agora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha ninguno, y está cerrada la puerta, quiero contar a vuesa merced una de las más raras aventuras, o por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que a vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

—Así lo juro—respondió Don Quijote—, y aun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabía su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así que, con seguridad, puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fe desa promesa—respondió Don Antonio—, quiero poner a vuesa merced en admiración con lo que verá y oirá, y darme a mí algún

alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspense estaba Don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la pasó por la cabeza de bronce y por toda la mesa; y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo:

—Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que quiera preguntar; que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer a don Antonio; pero, por ver cuán poco tiempo había que aguardar para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse a la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que a su amo habían acontecido.

Aquella tarde sacaron a pasear a Don Quijote, no armado, sino de rúa, vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen a Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote de la Mancha.*

En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían a verle, y como leían: «Este es Don Quijote de la Mancha», admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose a don Antonio, que iba a su lado, le dijo:

—Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de

la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor Don Quijote—respondió don Antonio—; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo:

—¡Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha! ¿Cómo? ¿Que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes a cuestas? Tú eres loco; y si lo fueras a solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos a cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, a tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatán el entendimiento.

—Hermano—dijo don Antonio—, seguid vuestro camino, y no déis consejos a quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman.

—Pardiez, vuesa merced tiene razón—respondió el castellano—; que aconsejar a este buen hombre es dar coces contra el agujón; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo a nadie, aunque me lo pida.

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse a casa: hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó a otras sus amigas a que viniesen a honrar a su huésped y a gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi a las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honradas, eran algo descompuestas: por dar lugar a que las burlas alegrasen sin enfado a los convidados, éstas dieron tanta priesa en sacar

a danzar a Don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánimo.

Hizo don Antonio que le llevasen en peso a su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole:

—Nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado. ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá a matar a un gigante, antes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear, yo supliría vuestra falta, que zapateo como un jirifalte; pero en lo del danzar no doy puntada.

Con éstas y otras razones dió que reir Sancho a los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro día le pareció a don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada; y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido a Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto, y díjoles que aquél era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto, y aun, si don Antonio no se le hubiera descubierto primero a sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida:

—Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razón. «Yo no juzgo de pensamientos».

Oyendo lo cual, todos quedamos atónitos, y más viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa, no había persona humana que responder pudiese.

—¿Cuántos estamos aquí?—tornó a preguntar don Antonio.

Y fuéle respondido, por el propio tenor, paso: «Estáis tú y tu mujer con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre.»

¡Aquí sí que fué el admirarse de nuevo; aquí sí que fué el erizarse los cabellos a todos, de puro espanto!

Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo:

—Esto me basta para darme a entender que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere.

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?

Y fuéle respondido: «Sé muy honesta».

—No te pregunto más—dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no.

Y respondieronle: «Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.»

Apartóse la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta; porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio, y preguntóle:

—¿Quién soy yo?

Y fuéle respondido: «Tú lo sabes».

—No te pregunto eso—respondió el caballero—, sino que me digas si me conoces tú.

«Sí conozco—le respondieron—; que eres don Pedro Nóríz».

—No quiero saber más, pues esto basta para entender, ¡oh, cabeza!, que lo sabes todo.

Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle:

—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo, el mayorazgo?

«Ya yo he dicho—le respondieron—que yo no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.»

—Eso es—dijo el caballero—lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto más.

Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo:

—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido.

Y respondiéronle: «Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.»

Llegóse luego Don Quijote, y dijo:

—Dime, tú, el que respondes, ¿fué verdad o fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los

azotes de Sancho, mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

«A lo de la cueva—respondieron—hay mucho que decir; de todo tiempo. Los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.»

—No quiero saber más—dijo Don Quijote—; que, como yo vea a Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear.

El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué:

—¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrechez de escudero? ¿Volveré a ver a mi mujer y a mis hijos?»

A lo que le respondieron: «Gobernarás en tu casa; y si vuelves a ella, verás a tu mujer y a tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.»

—¡Bueno, par Dios!—dijo Sancho Panza—Esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia—dijo Don Quijote—, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan a lo que se le pregunta?

—Sí basta—respondió Sancho—; pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así, dice que don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender a los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondía a la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía a responder a otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que había de

responder, pegada la boca con el mismo cañón, de modo que a modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual, estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad a la primera pregunta; a las demás respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente.

Los caballeros de la ciudad, por complacer a don Antonio y por agasajar a Don Quijote, y dar lugar a que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí a seis días, que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante.

### CAPÍTULO LXIII

*Del mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.*

Grandes eran los discursos que Don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver a mandar y a ser obedecido; que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno, su huésped, y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho, fueron a las galeras.

El Cuatralvo estaba alegrísimo de su buena ventura, por ver a los dos tan famosos, Quijote y Sancho. Apenas llegaron a la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías; arrojaron luego el esquite al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí; y en poniendo que puso los pies en él Don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo; y al subir Don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: «Hu, hu, hu», tres veces.

Dióle la mano el General (que con este nombre le llamaremos), que era un principal caballero valenciano, y abrazó a Don Quijote, diciéndole:

—Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha, tipo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.

Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobre manera de verse tratar tan a lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado; y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que a él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que había de hacer, asíó de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma, puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué alzando y volteando de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le había.

Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General si eran ceremonias aquéllas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuesen, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba a Dios que si alguno llegaba a asirle para voltearle, que le había de sacar el alma a puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la antena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía a dar sobre su cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la antena con la misma priesa y ruido que la habían amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho o rebenque, comenzó a mosquear las espaldas de la chusma, y a largarse poco a poco a la mar.

Cuando Sancho vió a una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí:

—Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo

dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? Y ¿cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar a tanta gente? Ahora yo digo que éste es el infierno, o por lo menos el purgatorio.

Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

—¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán a poca costa os podíades vos, si quisiédes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de santos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.

Preguntar quería el General qué azotes eran aquéllos, o que desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero:

—Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente.

Esto oído, saltó el General en la crujía y dijo:

—Ea, hijos, no se nos vaya: algún bergantín de cosarios de Argel debe de ser éste que la atalaya nos señala.

Llegáronse luego las otras tres galeras a la capitana, a saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen a la mar, y él con la otra iría tierra a tierra, porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron a la mar, a obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce o quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avinole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse; y así, el arráez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no incitar a enojo al capitán que nuestras galeras regía. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantín venían con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte a dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían. Viendo lo cual, juró el General de no dejar con vida a todos cuantos en el bajel tomase; y llegando a embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta.

Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos. Hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo a vela y a remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana a poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos a todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron a la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad. Mandó echar el esquite para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar, luego luego, al arráez y a los demás que en el bajel había cogido, que serían hasta diez y seis personas, todos gallardos, moros los más, y los escopeteros turcos.

Preguntó el General quién era el arráez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español):

—Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arráez.

Y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba a veinte años. Preguntóle el General:

—Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió a matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda a las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer a los hombres atrevidos, pero no temerarios.

Responder quería el arráez; pero no pudo el General por entonces oír la respuesta, por acudir a recibir al Virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

—Buena ha estado la caza, señor General!—dijo el Virey.

—Y tan buena—respondió el General—cual la verá vuestra excelencia agora, colgado de esta entena.

—¿Cómo ansí?—replicó el Virey.

—Porque me han muerto—respondió el General—, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado de ahorcar a cuantos he cautivado, principalmente a este mozo, que es el arráez del bergantín.

Y enseñóle al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel a la garganta, esperando la muerte.

Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó:

—Dime, arráez, ¿eres turco de nación, o moro, o renegado?

A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana:

—Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres?—replicó el Virey.

—Mujer cristiana—respondió el mancebo.

—¡Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos! Más es cosa para admirarla que para creerla.

—Suspend—dijo el mozo—, ¡oh, señores!, la ejecución de mi muerte; que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida.

¿Quién fuera el de corazón tan duro, que con estas razones no se ablandara, a lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El General le dijo que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa.

Con esta licencia, el mozo comenzó a decir desta manera: —De aquella nación, más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nació yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada a Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían a cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla; antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido; y así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni más ni menos; criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas, jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto a nuestro lugar otro suyo tiene. Como me vió, cómo nos hablamos, sería largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, sólo diré cómo en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio.

Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de los dos tíos míos, que consigo me traían; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fué a buscar

alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hicelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos a Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno.

Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mía. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrían cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que le cegase mi hermosura, y no su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron a decir cómo venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio. Mandó luego el Rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decían.

Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir a vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buen hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podía tener para que yo volviese a España a sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hombre: véstle de mora, y aquella mesma tarde le truje a la presencia del Rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor.

Dió luego traza el Rey de que yo volviese a España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español (señalando al que había hablado primero), del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver a Berbería; la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos e insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que a mí y a este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron correr esta costa,

hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún accidente que a los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen.

Anoche descubrimos esta playa, y hoy, sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer; y yo me veo atadas las manos, esperando, o por mejor decir, temiendo perder la vida, que me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido causante de culpa en que los de mi nación han caído; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, a quien acompañaron muchas de los que presentes estaban.

El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó a ella, y se quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la moza ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el Virey; y apenas dió fin a su plática la morisca, cuando él se arrojó a sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros le dijo:

—¡Oh, Ana Félix, desdichada hija mía! Yo soy tu padre, Ricote, que volvía a buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma.

A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su paseo; y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó a su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al General y al Virey:

—Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre; Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria a buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese; y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de unos alemanes, a buscar mi hija y a desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé a mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y agora, por el extraño rodeo que habéis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es a mi querida hija: si vuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir

puertas a la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados.

Entonces dijo Sancho:

—Bien conozco a Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto a ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto.

Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo:

—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento de vivir, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron.

Y mandó luego ahorcar de la antena a los dos turcos que a sus dos soldados habían muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya: hizo el General lo que el Virey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas a sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar a don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenía: diéronse muchos medios, pero ninguno fue tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver a Argel en algún barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía donde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del Renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote, su padre, dijo que salía a dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y a su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese hara su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

#### CAPÍTULO LXIV

*Que trata de la aventura que más pesadumbre dió a Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido.*

La mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver a Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado,

si enamorada de su belleza como de su discreción; porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca; y toda la gente de la ciudad, como a campana tañida, venían a verla.

Dijo Don Quijote a don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen a él en Berbería con sus armas y caballo; que él le sacaría a pesar de toda la morisma, como había hecho don Gaiferos con su esposa Melisendra.

—Advierta vuesa merced—dijo Sancho, oyendo esto—, que el señor don Gaiferos sacó a su esposa de tierra firme, y la llevó a Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos a don Gregorio, no tenemos por dónde traerle a España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, sino es para la muerte—respondió Don Quijote—; pues llegando un barco a la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced—dijo Sancho—, pero del dicho al hecho hay gran trecho; y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.

Don Antonio dijo, que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería.

De allí a dos días partió el Renegado en un ligero barco de seis remos por una banda, armado de valentísima chusma, y de allí a otros dos se partieron las galeras a Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix.

Quedó el Visorey de hacerlo así como se lo pedía; y una mañana saliendo Don Quijote a pasearse por la playa, armado de todas sus armas (porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), vió venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a Don Quijote, dijo:

—Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, Don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, exeurará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú